

CAPÍTULO VII

JUAN CALVINO: EL TEÓLOGO CULTURAL Y REFORMADOR DE LA VIDA TOTAL

Juan Calvino (1509–64) fue un Reformador de segunda generación, edificando sobre el fundamento establecido por Lutero y Zwinglio. Este hecho de ninguna manera significa que era meramente un reproductor y copista.¹ Calvino no solamente hizo una contribución original a la teología, sino también al ámbito de la cultura. De hecho, podría ser llamado el teólogo de la cultura *par excellence*.

A la edad de veintidós años Calvino se estableció en París como un prometedor erudito humanista. Había hecho su debut en el mundo de las letras con su comentario sobre Séneca *Tratado sobre la clemencia* (1532). Un año después experimentó una súbita conversión. Según el propio testimonio de Calvino ya estaba “obstinadamente demasiado dedicado a las supersticiones del papado como para ser liberado fácilmente de ese abismo de fango tan profundo.” Sin embargo, “Dios, por medio de una conversión repentina, trajo mi mente a un marco de referencia enseñable, la que estaba más

endurecida en tales temas de lo que podría haberse esperado de alguien en mi temprano período de vida.”²

A través de esta experiencia, como Agustín antes que él, Calvino fue transformado en una nueva criatura (II Cor. 5:17). De un buscador de sí mismo se convirtió en un buscador del honor de Dios y de la edificación de la iglesia (*ibid.*, pp. XLI-XLIX). Pronto Calvino se volvió profundamente consciente de un llamado dual, a decir, al ministerio del Evangelio y al rol de reformador. Inmediatamente después de su conversión, nos cuenta él, muchos acudieron a él por instrucción y miraron a él en busca de liderazgo. Aunque era extremadamente tímido y esquivo por naturaleza, ahora se hallaba repentinamente lanzado al centro de atención. Verdaderamente que el liderazgo fue impulsado sobre él. Esto fue parcialmente logrado por las urgentes imprecaciones de Farel, quien en 1536 retuvo a Calvino en Ginebra para la obra de la Reforma. Posteriormente, los magníficos

1. Doumergue, “Calvino: ¿Imitador o Creador?”, *Calvino y la Reforma* (New York, 1909), pp. 1-55.

2. *Prefacio, Comentario sobre el Libro de los Salmos* (Grand Rapids, Michigan, 1949), p. XL.

talentos y el excelente entrenamiento de Calvino se impusieron de manera natural de manera que sus colegas le aceptaron como el *primus inter pares* y con mucho gusto aceptaron su liderazgo.³

Mientras estaba viviendo en el exilio bajo un nombre ficticio en Basilea, Calvino publicó la primera edición (1536) de la que iba a convertirse en la obra de su vida, y la más grande obra maestra teológica Protestante en un solo volumen de todos los tiempos, *La Institución de la Religión Cristiana*.⁴ En esta su primera gran aventura literaria para la Reforma, Calvino defendió a sus compatriotas en Francia de las calumnias de Francis I. Este astuto monarca, al tratar de conciliar a los príncipes Germanos, buscaba justificar sus persecuciones hacia los Protestantes Franceses llamándolos anarquistas. Calvino repudió esto mostrando que los ciudadanos Reformados de Francia dispuestos a sujetarse a la autoridad constituida por Dios, pero que ellos habían abjurado de su alianza con el papado. Pero Calvino produjo algo más que una apología. Su obra se convirtió en un manifiesto al mundo de la fe Protestante. Por un lado, sirvió también como una declaración doctrinal para unir a las iglesias Protestantes de Francia duramente presionadas y al continente en contra de Roma, y contra los Anabaptistas y Humanistas por el otro.

Está abundantemente atestiguado que

3. *Ibid.*, pp. XLI, XLII, XLIII; cf. *Carta a Sadoleto*; Phil. Fritz Büsser, *Calvins Urteil Ubre sich selbst* (Zurich, 1950), p. 93s.
4. En español se citará para referencia la *Institución* producida por la Fundación Editorial de Literatura Reformada, Felire, 1994.

Calvino rechazó la autoridad del papa y de la jerarquía en asuntos religiosos. Pero es igualmente claro su rechazo de la autonomía de la razón del hombre como el punto de referencia final en el conocimiento. Por tanto es un abuso de lenguaje, si no es que un error atroz, decir que Calvino permaneció siendo un Humanista toda su vida. Claro, nadie negaría que Calvino se había desarrollado en la atmósfera del saber Humanista en París y que había experimentado su fascinante influencia. El Humanismo era hijo del Renacimiento. Sustituyó la meta medieval de la visión de Dios por el ideal pagano del alma hermosa en un cuerpo hermoso, con su énfasis en la vida del hombre bajo el sol. Fue más un movimiento estético-filológico que uno filosófico. Sin embargo, el hombre era la medida de todas las cosas. La forma fue glorificada en contraste con la esencia o contenido. El Humanismo también carecía de seriedad ética. Esto se hizo evidente en su representante más grande, Erasmo de Róterdam, que fue irrevocablemente separado de la causa de la Reforma por el tratado de Lutero sobre la esclavitud del alma. Aunque todos admitirán que Calvino usó las herramientas de su aprendizaje y entrenamiento Humanistas y que apreciaba sus técnicas, fue igual de resuelto en rechazar el espíritu del Humanismo como Lutero lo había estado antes de él.⁵

Calvino como Teólogo de la Palabra

La Reforma Protestante, dice Warfield, “fue la revolución más grande del pensamiento que el espíritu humano haya forjado desde la introducción del

5. *Institución*, Libro III, Cap. 19, “Sobre la Libertad Cristiana”; Libro II, Cap. 2.

Cristianismo.”⁶ Los contemporáneos de Calvino le consideraban “El Teólogo” por vía de eminencia, y fue Melancton, el amigo íntimo de Lutero, quien le dio este título. Aunque Lutero, el héroe de Wittenburg, creó el Protestantismo, fue Calvino, como el genio de Ginebra quien lo salvó.⁷ Calvino ha sido reconocido por la inmensa mayoría como el organizador sistemático de la teología Protestante. Sin embargo, no siempre se ha apreciado que era también un estudiante original de la Escritura, quien hizo algunas contribuciones como dogmático. El Dr. B. B. Warfield, quien ha hecho tanto como cualquiera en los tiempos modernos para entender la teología de Calvino y para darle prominencia, dice, “él marcó una época en la historia de la doctrina de la Trinidad por su insistencia en la auto-existencia como un atributo propio del Hijo y del Espíritu, lo mismo que del Padre, hizo a un lado los persistentes elementos del subordinacionismo, y aseguró para la Iglesia una conciencia más profunda de la co-igualdad de las Personas divinas. Introdujo la presentación de la obra de Cristo bajo la rúbrica del oficio triple como Profeta, Sacerdote y Rey. Creó la disciplina total de la ética Cristiana. Pero, por sobre todo, le dio a la Iglesia la doctrina completa de la Obra del Espíritu Santo, concebida profundamente y elaborada con todo detalle, con sus provechosas distinciones de gracia común y gracia eficaz, de los efectos noéticos, estéticos y telemáticos, un don, nos aventuramos a

pensar, tan grande, tan cargado de beneficio para la Iglesia como para asignarle con justicia un lugar al lado de Agustín y Anselmo, y Lutero, como el Teólogo del Espíritu Santo, siendo ellos respectivamente el Teólogo de la Gracia, de la Expiación y de la Justificación” (*Op. cit.*, p. 21).

Aunque este juicio es verdadero, no obstante uno no necesita negar que Calvino derivó la mayor parte de su teología de Lutero a través de Bucer, y que ésta no fue sino avivada doctrina Agustiniiana de la gracia de Dios. Aunque Calvino es crítico de la prolijidad de Agustín, le cita con aprobación más a menudo que todos los otros Padres de la Iglesia juntos. Pero Calvino fue más allá que los otros Reformadores en su adherencia incondicional a la Palabra, en la claridad y lo incisivo de su pensamiento, en sus aplicaciones prácticas para la vida total y el fervor y afecto de sus admoniciones. Ha sido bien llamado el teólogo del corazón (Warfield, *Op. cit.*, p. 23).

Esta gran reverencia de Calvino a la Palabra de Dios como la autoridad final, inspirada e infalible para el pensamiento y la acción, llega a expresarse en sus sermones, comentarios y escritos controversiales. Puede citarse una ilustración notable de *La Institución* para ilustrar que Calvino no enseña la predestinación debido a las demandas de un sistema lógico de pensamiento. Pues Calvino sostiene que es la simple enseñanza de la Escritura. Y todavía no ha aparecido nadie para probar que Calvino estaba equivocado en esto.

Calvino le responde a aquellos que sepultarían toda mención de la predestinación que “la Escritura es la escuela del Espí-

6. B. B. Warfield, *Calvino y el Calvinismo* (New York, 1931), p. 10.

7. Doumergue, *op. cit.*, p. 31, donde reproduce la opinión de Max Weber en “Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus,” *Archiv für social Wissenschaft und social Politik*, Vol. XX, (1904), y Vol. XXI, (1905).

ritu Santo en la cual ni se ha dejado de poner cosa alguna necesaria y útil de conocer, ni tampoco se enseña más que lo que es preciso saber. Debemos, pues, guardarnos mucho de impedir que los fieles quieran saber todo cuanto en la Palabra de Dios está consignado referente a la predestinación, a fin de que no parezca que queremos defraudarlos o privarles del bien y del beneficio que Dios ha querido comunicarles, o acusar al Espíritu Santo de haber manifestado cosas que hubiera sido preferible mantener secretas. Permitamos, pues, al cristiano que abra sus oídos y su entendimiento a todo razonamiento y a las palabras que Dios ha querido decirle, con tal que el cristiano use tal templanza y sobriedad, que tan pronto como vea que el Señor ha cerrado su boca sagrada, cese él también y no lleve adelante su curiosidad haciendo nuevas preguntas. Tal es el límite de la sobriedad que hemos de guardar: que al aprender, sigamos a Dios, dejándole hablar primero; y si el Señor deja de hablar, tampoco nosotros queramos saber más, ni pasar más adelante.” (III, 21, 3). Esta cita contradice de una vez el argumento de que Calvino era un teólogo especulativo y comprueba su profundo interés en escuchar la voz de Dios hablando en las Escrituras.

El mismo pensamiento es poderosamente expresado por Calvino al advertir al demasiado curioso, quien no dejaría ninguno de los “secretos Divinos sin escudriñar o sin explorar.” A estos amonesta a no exceder los límites de la Palabra, no vaya a ser que por curiosidad humana vayan a entrar en un laberinto prohibido, del cual es imposible escapar. “Y no nos avergoncemos de ignorar algo, si en ello hay una ignorancia docta” (*Ibid.*, III, 21, 2).

Sin embargo, los peligros y temores involucrados de la sobre-cautela no debiesen hacer que “la Palabra de Dios fuese del todo sepultada y jamás se hablase de ella para no perturbar a los corazones tímidos” pues, “¿bajo qué pretexto, pregunto yo, pueden ocultar su arrogancia cuando indirectamente tachan a Dios de loca inconsciencia, como si no hubiera visto antes el peligro, que ellos con su prudencia creen que van a evitar? (*Ibid.*, III, 21, 4).

Fue en sumisión a la sagrada Escritura que Calvino enseñó la justa voluntad de Dios como la causa de todas las cosas que llegan a suceder. Y aún cuando a veces nuestras mentes finitas se inquietan por el hecho de la condenación, constituiría extrema presunción por parte de la criatura el inquirir en las causas de la voluntad divina, que es la más alta regla de justicia. El Dios de Calvino no es un Dios que no se conforme a ley alguna (*ex lex*) y no le podemos atribuir capricho pues Él es ley en sí mismo. Y suponer que existe cualquier cosa antecedente a la voluntad divina es claramente impío, pues eso involucra una negación de la perfección e infinitud de Dios (cf. *Inst.* III, 23, 2).

Debido a que Calvino tenía un sentido tan profundo de Dios en su majestad y se entregó a sí mismo incondicionalmente a vivir ante la presencia de Dios, puede ser verdaderamente llamado un hombre intoxicado de Dios. Pues con Calvino la doctrina de la predestinación nunca permaneció sola, sino que junto con ella enfatizó la responsabilidad humana en toda su predicación. Creía firmemente que la fe de un hombre se hace evidente en sus obras. Calvino se regocijaba en la bendita seguridad de que Dios le había predestinado personal-

mente, y este conocimiento le apasionaba para hacer la voluntad de Dios.

Calvino estaba seguro que Dios le había llamado para la tarea de reformar la iglesia en aquellos oscuros días. Su primera respuesta a ese llamado fue dedicar a la obra su formidable saber y prodigiosa pluma. Más tarde miró claramente que Dios le quería en Ginebra, aunque su espíritu deseaba la soledad y el reposo. Después de su regreso del exilio en Estrasburgo, donde su alma se llenó de consternación frente a la posibilidad de asumir el yugo, que era su cruz, consintió con el juicio de sus amigos y concluyó, “¡Es la voluntad de Dios!”⁸ Como David en la antigüedad Calvino pudo decir, “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido.” (Sal. 16:8) y, “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?” (Sal. 27:1). Como resultado Calvino fue capaz de vencer toda oposición como representante de Dios. ¡Qué podía hacerle la oposición, el tumulto o la revolución a un hombre tal! Sin duda esto explica el hecho que él, como Pablo y Silas antes de él, fue capaz de trastornar al mundo (Hch. 17:6). Este fue el secreto de su éxito y la motivación de su infatigable energía. Estaba seguro en su alma de que estaba haciendo la obra del Señor en Ginebra.

Calvino nunca fue un Reformador rígido, nacionalista o sectario; creía que debíamos acercarnos a todos los hombres a Dios para que todos pudieran adorarlo y servirle. Con este fin envió a dos misioneros Protestantes en 1556 a Brazil, con un

8. Doumergue, *Calvijn als Mensch en Hervormer*, Trad. Helena C. Pos, (Ámsterdam, 1931), pp. 10-15.

grupo de colonizadores. Tampoco restringió Calvino su ministración espiritual a los Ginebrinos y a los Franceses, sino que todo el mundo era su parroquia. Cuando sus enemigos se mofaron de Calvino y le echaron la muerte de su hijo en su cara, Calvino respondió, “Hijos, los tengo por toda la tierra, miradas de ellos.” En 1552 Calvino escribió una carta a Cranmer en Inglaterra en la que dijo, “En lo que a mí respecta, si puedo brindar algún servicio no voy a dudar en cruzar diez mares, si fuese necesario, con tal motivo. Si el brindar una mano de ayuda al reino de Inglaterra fuese el único punto en discusión, ese sería un motivo suficiente en sí mismo para mí. Pero ahora, cuando lo que se busca es un acuerdo de hombres educados, considerado con mucha seriedad y bien estructurado de acuerdo al estándar de la Escritura, por el cual las iglesias que de otra manera estarían muy separadas las unas de las otras puedan unirse; no considero correcto para mí el evadir cualquier trabajo o dificultad.”⁹

Este no es sino uno de los más notables ejemplos de su espíritu ecuménico, pero hay muchas evidencias de que Calvino abominaba los cismas. Calvino también trabajaba con celo por la unidad de las iglesias Suizas y elaboró el *Consensus Tigurinus* (1549)¹⁰ con Bullinger, con el cual evitó una división en segmentos Zwingliano y Calvinista de la Reforma Suiza.

Pero Calvino fue más allá de eso.

9. “Cartas Originales” (1537-1558, II., p. 713), citado en *Retratos de la Vida de Juan Calvino; para Jóvenes y Adultos*, James Good y W. Richards, (Filadelfia, 1909), p. 32.

10. W. Stanford Reid, “Ecumenismo de Lutero,” *Westminster Theological Journal*, XI, 1 (Nov. 1948).

Buscó nada menos que la unificación de todas las iglesias evangélicas del Protestantismo. Las cartas de Calvino nos dan una rica percepción de esta celosa lucha por la unidad. Convoca a Melancthon y a Bullinger para disuadir la apasionada propaganda de Lutero en lo concerniente a la Cena del Señor, y pacientemente cargó con toda la amarga oposición que experimentó del lado de Lutero. Se regocijó como un niño al recibir un saludo de parte de Lutero y dijo, "Aún si me vilipendiase y me llamara un demonio no obstante le consideraría uno de los destacados siervos de Dios." Calvino le escribió una carta a Lutero solicitándole una conferencia, pero Melancthon no tuvo el valor de entregarla. Después de la muerte de Lutero (1546), Calvino continuó sus esfuerzos por la unidad con Bucer y Melancthon, pero nada surgió de ello.¹¹ Pero hay una cosa con la que debemos tener cuidado, el confundir el celo de Calvino por la unidad de la Iglesia con el ecumenismo moderno, que no está basado en la Palabra. Sería difícil imaginarse a Calvino, como McNeill le representa, teniendo un rol destacado en el avivamiento ecuménico de nuestro día.¹² Para Calvino la unidad de la iglesia era una cuestión de obediencia a la verdad, pero él no quería una súper iglesia que estuviese doctrinalmente dividida (*Inst.* IV, 182). Con esta referencia a su fe personal y a su actividad eclesiástica debemos concluir nuestros comentarios sobre Calvino como teólogo de la Palabra. La prueba de su teología ha de encontrarse en su vida. Calvino era un fanático de Cristo, pero el suyo era un entusiasmo bien

dirigido y concentrado en el cual era consumido por la causa de Dios. Fue su doctrina y ejemplo inmortal lo que puso coraje en el corazón de los Hugonotes templando sus nervios hasta la muerte. Fue él quien inspiró a Knox en su resistencia a la tiranía y en su batalla por ganar Escocia para la Reforma. Y fue la teología y ejemplo de Calvino lo que produjo una cultura Calvinista en Holanda, Inglaterra, Escocia y aún, en alguna medida, en América, pues nuestros padres Peregrinos y Puritanos estaban inspirados con un sentido de misión y vocación, los cuales habían heredado de la tradición Calvinista.

El Impacto Político de Calvino

La Reforma, en su esencia, no era un asunto de lo periférico, sino del corazón, del cual brotan los asuntos de la vida. Se dirigía a la cuestión de la relación del hombre con Dios, la que es determinante para todas las otras relaciones de la vida. En este sentido era católica y universal en su impacto sobre la vida total de la sociedad. Aunque la restauración de la verdadera iglesia era la meta principal, la divina gloria de la obra de Dios en Cristo arrojó su luz con amplitud hacia toda esfera de la vida.

El impacto de las ideas de Calvino en la esfera política inauguró una nueva era, dándole un carácter y una dirección nuevas a la existencia nacional en muchas tierras. El estado Griego había sido totalitario, en el que la religión servía como un medio para un fin, a decir, la glorificación del estado. En la Edad Media los roles fueron revertidos de manera que nos encontramos con una iglesia-estado, con la suprema autoridad conferida al papa, quien prestaba el poder temporal al gobernante terrenal para

11. H. Koffijberg, *De Internationale Strekking van het Calvinisme*, (Amsterdam, 1916), pp. 15-21.

12. John T. McNeill, *La Historia y Carácter de Calvino*, (New York, 1954), p. 234.

el servicio de la iglesia. Calvino miró a la iglesia y al estado como dos entidades interdependientes cada una habiendo recibido su propia autoridad del Dios soberano. En esta concepción el estado nunca es secular, ni están el estado y la iglesia separados en el sentido moderno de la palabra. La democracia atea y la soberanía popular no pueden decir que Calvino es su padre.

Según Calvino, la iglesia y el estado deben vivir en paz y deben cooperar juntos en sujeción a la Palabra de Dios. Cada una ha de tener su propia jurisdicción. El estado tiene autoridad en los asuntos puramente civiles y temporales; la iglesia, en los asuntos espirituales. Calvino abolió la cláusula de la ley canónica del *beneficio del clero*, colocándose a sí mismo y a sus asociados ministeriales en obediencia a los magistrados en todos los asuntos civiles. Los magistrados, por su parte, habían de estar bajo la jurisdicción del consistorio en las cosas espirituales. Es claro por esto que Calvino pensaba del estado como constituido por ciudadanos Cristianos, pues, así como no hubiera sido posible, la vida individual próspera sin moralidad basada en la verdadera religión, así también, sostenía Calvino, la vida social y política sin verdadera moralidad, la que a su vez está basada en la verdadera religión, a decir, la Cristiana, es imposible.

Según la iglesia medieval el estado era su sirviente. Los Anabaptistas consideraban al estado como un siervo de Satanás. Pero Calvino sostenía que el estado es siervo de Dios, puesto que la política civil hace posible la vida entre los hombres al restringir al malvado de manera que no puedan perpetrar sus crímenes con impunidad. De allí que el servicio del estado sea

santo, que ha de ejercerse en el nombre de Dios y para su gloria. Los magistrados son los representantes de Dios; si llamado no es solamente legítimo “sino en mucho el más sagrado y honorable de la vida humana” (*Inst.*, IV, 20, 1), y les debemos obediencia por causa de la conciencia. Así, la vida completa, para Calvino, es librada de la prohibición de la inferioridad profana. La libertad espiritual del Cristiano no suprime los tribunales, las leyes o los gobernadores, y es perfectamente consonante con el servicio civil (*Ibid.*, IV, 20, 1).

Los gobernantes no tienen derecho de hacer leyes con respecto a la adoración a Dios y a la religión; sin embargo, sus responsabilidades se extienden hacia ambas tablas de la ley. Esto es claro por las Escrituras y por la práctica de los paganos, entre quienes los filósofos hacían de la religión su primera preocupación. Por tanto, sería absurdo para los magistrados Cristianos abandonar las demandas de Dios por los intereses de los hombres (*Ibid.*, IV, 20, 9). Calvino deseaba que el gobierno mantuviera formas públicas de religión entre los Cristianos y de humanidad entre los hombres. Las autoridades civiles, siendo ellas mismas Cristianas, deben guardar la verdadera religión contenida en la ley de Dios de ser violada y contaminada por la blasfemia pública (*Ibid.*, IV, 20, 3).

En sus ideas acerca del orden político, es determinativo el principio básico de Calvino de la soberanía de Dios. Pues estaba fuertemente opuesto a toda forma de absolutismo estatal, autocracia y monarquía absoluta. Los reyes y los presidentes debían tener su poder limitado por legisladores y por la ley constitucional. Calvino cita en las Escrituras el caso concreto de Samuel quien

registra los derechos del pueblo en un libro para referencia futura entre ellos y el rey. Esto difiere *in toto* de la idea del contrato social de Rousseau, en el que la voluntad colectiva del pueblo es la norma más alta. Para Calvino el Dios soberano es legislador de las naciones hoy lo mismo que en los días de Samuel, y la soberanía popular es un producto de la imaginación engañada del hombre caído.

El estado es también electivo en el sentido que se requiere la aprobación del pueblo para la autoridad legal. Calvino señala al ejemplo de David, quien no asumió su prerrogativa de gobernar ya sea en Hebrón o en Jerusalén, aunque Dios le había escogido para el sagrado oficio, hasta que los ancianos del pueblo vinieran y le solicitaran gobernar sobre ellos. El votar, para Calvino, es un asunto serio y sagrado por el cual los magistrados son escogidos popularmente con el propósito de refrenar la tiranía de los reyes. Esto no es meramente su derecho en virtud de su oficio, sino también su sagrada responsabilidad. De esta manera el gobierno hereditario es eliminado. Los ciudadanos privados pueden, en verdad, rehusar obediencia al gobernante cuando manda cualquier cosa contraria a la Palabra de Dios, pues debemos obedecer a Dios antes que al hombre. Pero un ciudadano que no tiene oficio no puede rebelarse o levantarse contra la autoridad legalmente constituida.

Al gobierno los ciudadanos deben honor, obediencia, servicio militar y de otros servicios, pago de impuestos y oraciones por el bienestar de los gobernantes. Y mientras gobernantes injustos sean levantados por Dios para castigar las iniquidades del pueblo, deben ser obedecidos. El único

recurso en tales casos es la oración, para que Dios juzgue entre las naciones y de su retribución a aquellos que quitan el derecho de la viuda y del pobre (*Ibid.*, IV, 20, 17-32). Aquí se evidencia otra vez el pleno impacto de la idea de la soberanía de Dios. No solamente el gobernante está bajo restricción, sino también el ciudadano, quien está obligado a cumplir su responsabilidad y a cumplir su obligación divina, por causa de Dios. Es verdad que al fin Calvino concede que Dios también levanta individuos para poner fin a la tiranía, o puede enviar a otros gobernantes para vencer a los tiranos, pero esto implica un llamado especial del Señor. El procedimiento normal es que los magistrados inferiores (i.e., aquellos que representan al pueblo y que son elegidos por voto popular) debiesen remover a los gobernantes que tiranizan a su pueblo y violan la constitución. Esto ha sido llamado por los eruditos Calvinistas, “el santo derecho de la rebelión.”¹³

Albert Hyma afirma que fue especialmente la transferencia del sistema de elección usado en la escogencia de ancianos y diáconos en la iglesia Ginebrina hacia la arena política lo que hizo posible un impacto tan tremendo dondequiera que iba el Calvinismo (República Holandesa, Inglaterra y Escocia, y América).¹⁴ El fallecido Williston Walker de la Universidad de Yale

13. Sin embargo, cf. A. A. Van Schelven, *Het Heilig Recht Van Opstand*, (Kampen, cf. 1919), quien argumenta que la situación histórica ha cambiado tanto que los monarcas constitucionales no tienen oportunidad de tiranizar y que la división entre gobernante y magistrado inferior ya no logra nada. Sin embargo, este pequeño tratado es muy valioso, al ubicar las fuentes en una larga historia de una cuestión muy debatida.

escribió, “La influencia del Calvinismo, por más de un siglo después de la muerte del Reformador de Ginebra, fue la fuerza más potente en Europa en el desarrollo de la libertad civil. Lo que el mundo moderno le debe es casi incalculable.”¹⁵ Un reciente autor Inglés, al contar la historia de cuál es el logro del Calvinismo en América, dice, “Lo hemos visto modificando las constituciones y formas de vida de países antiguamente establecidos en Suiza, Holanda y Gran Bretaña, pero aquí lo tenemos operando como un factor principal en crear un nuevo estado. La influencia de los Estados Unidos en el mundo de hoy hace de sus orígenes un asunto de gran interés. Esos orígenes revelan uno de los triunfos más especiales del Calvinismo.”¹⁶ Esto también es enfatizado por el Sr. Davies (cf. pie de página 14) quien afirma que el estado mental de los colonizadores Americanos había sido formado antes que la influencia de Locke llegara a expresarse en nuestro lado del océano a través de Jefferson, mientras que Dakin estima que alrededor de dos de los tres millones de habitantes en América al momento de la guerra Revolucionaria pertenecían a las filas Calvinistas.¹⁷

14. *La Vida de Juan Calvino*, (Grand Rapids, Michigan, 1943). Cf. Cap. “Camino a la Democracia,” pp. 92-102; Véase también A. Mervyn Davies, *El Fundamento de la Libertad Americana*, (New York, 1955), quien sostiene que, “Al vencer a la ola emergente de absolutismo cuando ésta amenazaba devorar toda Europa, éste (i.e., el Calvinismo) hizo posible el surgimiento de una mancomunidad del hombre bajo la soberanía de Dios. Así pues, fue eso lo que colocó los fundamentos de nuestra libertad,” p. 24.

15. Citado por Hyma, sin ref. *op. cit.*, pp. 96, 97.

16. A. Dakin, *Calvinismo* (Filadelfia, 1946), p. 162.

Es discutible si alguien quisiese argumentar que Calvino habló la palabra liberadora, o la última palabra, sobre la relación entre la iglesia y el estado. Por ejemplo, creía que el estado debía proveer para las necesidades físicas de los ministros, que se requería que cuidara de los pobres y proveyera educación para los jóvenes ciudadanos. Aún cuando concedamos que Calvino preveía un gobierno Cristiano, no obstante colocó un arma aguda en las manos del gobierno, mediante la cual se vuelve bastante simple para un gobierno hostil forzar a la iglesia a obedecer sus mandatos.

Además, bien podemos cuestionar la posición de Hyma (Doumergue también tiene esta opinión) de que una iglesia democrática hizo surgir un estado democrático. En realidad, la iglesia que Calvino organizó no era democrática en este sentido moderno, pues el poder y la autoridad últimos estaban conferidos a los ancianos, siendo estos delegados a ellos por Cristo.

Sin embargo, aunque la separación de la iglesia y el estado no se realizó en Ginebra durante la vida de Calvino, podemos decir que se convirtió en una realidad histórica debido a sus labores al instituir la disciplina espiritual en la iglesia. La batalla por la jurisdicción espiritual del consistorio, con el derecho a excomulgar, era el punto focal de disputa en la larga batalla, dura y a veces amarga, que Calvino peleó con el concilio de Ginebra. Esto, dice Warfield, fue la cuña de entrada, “clavada entre la Iglesia y el Estado que tenía el propósito de separar al uno del otro” (*Op. cit.*, p. 18). Y aunque todos los hijos espirituales de Calvino no

17. *Op. cit.*, p. 159 donde Dakin acepta el estimado de L. S. Mudge, *Enc. Brit.* Ed. XIV, Vol. XVIII, p. 447.

apreciaron esto suficientemente, él quería una iglesia autónoma en su propia esfera espiritual. Es debido a esta victoria, a saber, la exitosa introducción y mantenimiento de la disciplina espiritual, dice Warfield, que “toda Iglesia en la Cristiandad Protestante que disfruta hoy de cualquier libertad, cualquiera que ésta sea, al realizar sus funciones como una Iglesia de Jesucristo, lo debe todo a Juan Calvino” (*Ibid.*, p. 19).

El Impacto de Calvino en la Cultura

Este juicio de Warfield se confirma por el hecho de que Calvino también liberó a toda la esfera de la cultura de la tutela de la iglesia. Calvino rechazó el esquema de naturaleza y gracia de Aquino, en el que el mundo está dividido en mitades superior e inferior, dadas respectivamente al dominio de la fe y la razón. En esta visión la gracia incluye la religión, la ética, la teología y la iglesia; pero la naturaleza es el ámbito de la cultura, incluyendo todas las actividades naturales del hombre. Dándose cuenta de lo inadecuado del ámbito inferior, en y por sí mismo, Aquino y la iglesia en pos de él colocan toda la esfera de la cultura bajo la tutela de la iglesia, y ésta se convierte en sirvienta de la teología.

Guillermo de Occam, el filósofo nominalista, oponiéndose a este señorío, enfrenta antitéticamente a los dos ámbitos el uno contra el otro. Él, en verdad, liberaría al arte y a la agricultura, al comercio y a la industria del poder del papa, pero las transfiere a las manos de duques y reyes. De esta forma se convirtió en el padre de una cultura controlada por el estado, el primer filósofo moderno del totalitarismo.

Ahora Calvino proclamó junto a la

iglesia y al estado un tercer ámbito, un área de la vida que tiene existencia y jurisdicción separada. Es llamada la esfera de la *adiaphora*, las cosas promedio. Este es el tribunal de la conciencia. Ningún papa o rey puede dominar en este ámbito.

Esta área no está restringida a unos pocos asuntos insignificantes de gusto y opinión entre individuos, sino que incluye la música, la arquitectura, el aprendizaje técnico, la ciencia, las festividades sociales, y la cuestión de todos los días, “¿Qué comeremos y qué beberemos o con qué vamos a vestirnos?” Ahora Calvino proclama la libertad, tanto de la iglesia como del estado, para esta área grande y completa de la vida en su doctrina de la libertad Cristiana, haciendo al hombre responsable de dar cuentas solo a Dios en su conciencia. Por lo tanto, esta doctrina de la libertad Cristiana es una de las piedras fundamentales de la filosofía cultural de Calvino.

La Libertad Cristiana como la Base de la Vocación Cristiana

La doctrina de la Libertad Cristiana (*Inst.* III, 19) forma el apéndice de la justificación, y sin ella no puede haber el “correcto conocimiento de Cristo, o de la verdad evangélica, o de la paz interna de la mente.” Pero cuando se menciona esta doctrina hay dos reacciones violentas: algunos “bajo el pretexto de la libertad, abandonan toda obediencia Dios, y se precipitan en el más desenfrenado libertinaje; y algunos la desprecian, suponiéndola subversiva de toda moderación, orden y distinciones morales” (par. 1). Estas son las reacciones del mundano y del asceta. Calvino se opone igualmente a estos dos males, la mundanidad y el escape del mundo. Sin embargo,

esto no le convierte en un *neutralista* en el sentido de uno que quiere su pastel mientras se lo come. Calvino no aparentaba estar a favor de ambos extremos, sino que su balance es escritural, y va tan lejos como va la Palabra.

Claro, en su esencia la libertad Cristiana es espiritual. Consiste de la libertad de la esclavitud de la ley y restauración a la obediencia voluntaria a la voluntad de Dios. Puesto que estamos libres de la ley como instrumento para salvación, respondemos como hijos al servicio de Dios con gozo y prontitud. La libertad es disfrutada en el camino de la fe y debe animarnos a la virtud, pero las mentes serviles, quienes la usarían para cumplir las lujurias de la carne, no tienen parte en ella.

Puesto que Pablo pone todas las cosas externas sujetas a nuestra libertad (Rom. 14:4), no hay nada impuro en sí mismo, con tal que usemos nuestra libertad ante Dios y no ante los hombres. Se abusa de los buenos dones de Dios si son codiciados con demasiado ardor, cuando se alardea de ellos con orgullo, o cuando se colman con lujos. Sin embargo, para el puro todas las cosas son puras, pero todo lo que no es de fe es pecado, y “para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas.” (Tito 1:15).

El Cristiano, quien es el liberto de Dios, usa este mundo en fe, es decir, en obediencia a los mandamientos de Dios para su gloria. Debe observar moderación para no llegar a abusar de los buenos dones de Dios; debe ser paciente y sumiso cuando se ve privado de bendiciones terrenales. Es llamado a ejercitar el amor y la paciencia en

el uso de su libertad, para que su prójimo pueda ser edificado. Pero puesto que las cosas de este mundo no son pecaminosas en sí mismas puede poseerlas, sino que debe, en el proceso, guardarse de ser poseído por ellas. La búsqueda de logros culturales y la obtención de riquezas no son malas en sí mismas; el disfrute de la comida, la bebida y el lujo no ha de ser despreciado o condenado, pero las maldiciones de Dios caen sobre los ricos porque están inmersos en los deleites sensuales y sus corazones están embriagados con los placeres presentes mientras buscan perpetuamente asir otros nuevos (*Inst.* III, 19, 9 & III, 6-10). En su meditación acerca de la vida futura Calvino dice que debemos aprender a despreciar este mundo presente porque nos aparte de nuestro llamado. En ese sentido las buenas cosas en sí mismas se transforman en males para nosotros; por tanto debemos aprender a mirar por encima de todas las cosas a la luz de la eternidad.

He aquí el punto crítico del asunto. ¡Este es el asunto decisivo! Para Calvino el esfuerzo cultural de uno es bueno o malo, dependiendo de la fe de uno. Todo lo que no es de fe es pecado. Toda cultura apóstata es egoísta en la que el hombre se salva a sí mismo por sus obras y exalta su propia gloria. Pero la doctrina de la justificación por la fe con su apéndice de la libertad Cristiana hace al hombre libre para servir a Dios en su llamado cultural. Abraham Kuyper, en sus *Conferencias Stone*, señala este punto cuando nos recuerda que fue esta liberación del hombre medieval de la carga de tener que ganar la salvación por las obras la que liberó la energía e interés que produjeron nuestro mundo moderno con su ciencia, industria e inventos. Pues, por el énfasis de Calvino sobre el uso apropiado

de este mundo, la mirada del creyente fue dirigida a este hermoso cosmos en el que Dios nos llama a ser sus agentes culturales, y a tener dominio sobre la tierra, a poblarla, y a cultivar el suelo.¹⁸

Y mientras Agustín había dicho que “el trabajo, aunque útil, es en sí mismo un castigo” (*De civ. Dei*, XXII, 22), Calvino sostiene que la vocación de todo hombre le es concedida por Dios, de la cual se deriva una consolación peculiar, es decir, que “no hay obra alguna tan humilde y tan baja, que no resplandezca ante Dios, y sea muy preciosa en su presencia” (*Inst.* III, 10, 6). Con esto en mente consideremos ahora algunas de las contribuciones de Calvino en el campo de la economía.

Calvino y el Mundo de la Economía

Se llama la ciencia de la economía a la satisfacción de las necesidades físicas y al avance del bienestar material del hombre, tanto como individuo y como sociedad. Calvino tiene mucho que decir en todos sus comentarios sobre este amplio tema, mientras que sus sermones están también repletos de referencias a las necesidades físicas del hombre. Lo notable acerca de la predicación de Calvino es su carácter existencial. Está dirigida a la situación concreta. Calvino, por ejemplo, no solo condena la mendicidad, sino que también urge a los creyentes a tratar a los sirvientes amorosa y bondadosamente (*Sermones*, Deut. 15:11-12; 26:16).¹⁹

Tres temas llaman nuestra atención si es que vamos a medir el impacto económico

18. *Calvinism: Six Stone Foundation Lectures*, (Grand Rapids, 1943), pp. 117-30.

de Calvino, a decir, la cuestión de la renta, el concepto de llamado y la idea de comunismo.

La prohibición contra el tomar renta fue uno de los factores más importantes en la vida económica de la edad media (*Op. cit.*, pp. 30, 31). Esta prohibición estaba sustentada por la Escritura (Lucas 6:35; Deut. 23:19; Salmo 15, etc.) y Aristóteles, cuya máxima de que el dinero es estéril se repetía automática y universalmente. Aún en el siglo dieciséis esta era la *communis opinio*, de la que no se desviaron ni Reformadores ni Humanistas.

Sin embargo, Calvino se volvió la excepción a la regla. Aunque se dio plena cuenta de los peligros de la usura y de la ilegalidad económica, el prohibir el interés bajo toda circunstancia es atar la conciencia más allá de la Palabra. ¡Este era el asunto principal! ¡La autoridad de la Palabra y la libertad Cristiana! Los Escolásticos dispusieron que la usura era un pecado mortal, y esta incluía el interés de todos los tipos. Aquí es donde confluye el asunto. Calvino toma los varios textos aducidos y muestra que han sido malinterpretados.

Considere Lucas 6:35, el *locus classicus*, de los teólogos escolásticos. Aquí la Palabra nos dirige a alimentar a los pobres y a tratarles con consideración y amor. Sin embargo, aplicar las leyes civiles de los

19. P. A. Diepenhorst, *Calvijn en de Economie*, (Wageningen, 1904). Lo que sigue en el texto es un extracto de esta disertación del Dr. Diepenhorst, quien ha consultado las obras de Calvino en el *Corpus Reformatorum*. Aparte de las referencias en sermones y comentarios la teoría de Calvino sobre el interés es presentada en su *Consilium*.

Judíos (cf. Deut. 23:19) a los creyentes del Nuevo Testamento no es válido, dice Calvino. Una apelación a la conexión fraternal tal y como esta existía entre los Judíos y que ahora existe entre los Cristianos, no es normativa para las transacciones de negocios.²⁰ Es sobre pronunciamientos como estos que A. Kuyper y sus seguidores han basado su doctrina de las esferas de soberanía. Hay una distinción entre las normas de la moral y el ámbito económico, igual como hay normas para lo jurídico y para las modalidades analíticas de la vida. Con respecto a las otras pruebas escriturales aducidas de los Salmos y de los Profetas, Calvino simplemente las declara irrelevantes puesto que protestan contra el pecado de la usura, el cual Calvino mismo también abominaba. La conclusión del asunto es que la Biblia no contiene ninguna prohibición contra el tomar interés sobre el dinero por aventuras de negocios (Cf. *Armonía del Evangelio*, Mat. 8:42).

Lo que es aún más significativo es el hecho de que Calvino sostiene la productividad del dinero. Se ríe de la idea de Aristóteles de que el dinero es improductivo y señala su poder productivo en la industria. Pero al pobre debemos prestarle sin esperar devolución (*Comentarios*, sobre Éxodo 22:25; Lev. 25:25-28; Deut. 23:19, 20). En resumen, Calvino distingue entre la caridad Cristiana y los negocios, lo que abrió las puertas para grandes aventuras en el comercio y la industria. Por esto Calvino ha recibido su porción de alabanza de parte de muchos economistas.²¹ Max Weber, seguido por R. H. Tawney, le da crédito por

haber dado ímpetu al surgimiento del capitalismo.²² No hay razón para negar o depreciar esta conexión en tanto que recordemos lo que se quería decir por el espíritu del capitalismo y no consideremos a Calvino, con su alto sentido ético y su cautela contra el abuso de la libertad, responsable por los excesos del duro individualismo del siglo diecinueve. Pues, como Doumergue nos recuerda, aunque Calvino glorificaba lo individual, fue siempre en relación con Dios y la comunidad de los santos. Nada era más social que la comunidad Calvinista. Aunque Calvino era un gran individualista en el sentido de apreciar y desarrollar la personalidad, nadie habló menos del yo e hizo más por la comunidad, la iglesia y el estado, que él.²³ Es más, Weber usa a los escritores Puritanos como su fuente, pero la idea de ellos de obtener seguridad de la salvación por medio de las buenas obras no se encuentra en Calvino. Y los ministros de Ginebra inequívocamente se opusieron a la proposición de los mercaderes en 1580 de establecer un banco, sobre la base que Ginebra sería más fuerte si permanecía pobre.

En segundo lugar, consideremos el concepto Calvinista del llamado y del comercio en particular. Los comerciantes, durante la Edad Media, eran considerados una clase estéril, mientras que la agricultura era exaltada hasta los cielos. Calvino no estima en demasía una a expensas de la otra (Cf. *Coments*. Sobre Oseas 12:8; Gén.

20. Cf. "Sobre las Similitudes y Diferencias Entre los Dos Testamentos," *Inst.* II, Cap. 10, 11.

21. Diepenhorst, *op. cit.*, pp. 139, 153-71.

22. *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* (New York, 1931) 2 vols. *La Religión y el Surgimiento del Capitalismo*, Holland Memorial Lectures, 1922, (Penguin Books, Inc. New York).

23. *Calvijn Als Mensch En Hervormer*, pp. 122-25.

47:19-23; Juan 2:16b; Isa. 23:2). El comercio, dice Calvino, no condujo a la caída de Tiro, sino el deleite excesivo en las cosas mundanas. Babilonia no fue condenada por la prosperidad y lujo producidos por el comercio, sino por la arrogancia y el orgullo (*Coments. sobre Isa. 47*).

Indudablemente que las ideas de Calvino con respecto a la rente se reflejaron en su evaluación del comerciante, pero fue especialmente su fuerte sentido de que todo llamado es honorable ante Dios el que yace en el fundamento de su apreciación. Desde que la iglesia hubo glorificado el martirio y puesto su mirada en los cielos, el trabajo había sido depreciado como teniendo una naturaleza inferior, mundana. Como hemos visto, Agustín advirtió contra los males de la holgazanería y prescribió el trabajo para los monjes, pero solo como un mal necesario, puesto que el trabajo era castigo. Calvino, por otro lado, miró el monasticismo como un mal que llevaba al orgullo, la envidia y la disensión. Estaba produciendo pereza, libertinaje y un insano dualismo entre la santidad, adquirida en la lucha contra el mundo, y las condiciones del laicado como encasilladas en la mundanalidad y la concupiscencia. El sacramento de las órdenes glorificaba este dualismo, con algunos que escogían el alto camino de la renuncia de la carne y del mundo, mientras otros se mantenían caminando con paso pesado por el camino inferior del matrimonio y la ocupación terrenal. Se desarrolló una moralidad dual, una para los monjes (*vita angelica et panes angelicus*), la otra para los pecadores ordinarios, el laicado. A esto Calvino fue la excepción indignante y vehemente (*Inst. IV, 13*). Mientras que Tomás de Kempis había glorificado este dualismo en su *Imitación de Cristo*, Calvino apareció y lo

demolió. Tomás tenía algunas ideas muy mórbidas acerca de la cultura, despreciando la filosofía, el aprendizaje y el arte. Para él todos los placeres sensuales y mentales eran peligrosos porque ponían en peligro el gozo espiritual. Su santidad llega a expresarse al retirarse con un libro en un rincón solitario (*cum libello in angello*).²⁴

Calvino rechazaba todos los votos monásticos, puesto que están basados sobre la noción de que hay una regla de vida más perfecta que aquella que Dios le ha dado a la Iglesia como un todo (*Op. cit.*, IV, 10). La jerarquía Romana, decía él, hace una separación antinatural entre lo celestial y lo terrenal, pero Dios requiere la perfección de todos sus hijos, y más allá de eso no podemos erigir reglas (Cf. *Coments. sobre Fil. 3:15*; I Juan 3:12). Por lo tanto la perfección Cristiana ha de buscarse dentro del llamado Cristiano y no fuera de él. Calvino no rechaza del todo el ayuno, pero señala que éste degenera fácilmente en la superstición. Esto ocurre cuando lo hacemos una obra necesaria para la salvación.

Calvino también lanza invectivas contra la prohibición papal en contra del matrimonio de los sacerdotes (*Inst. IV, 12, 23-28*) que resulta en un celibato contaminado en el que la fornicación se propaga con impunidad. Dios ha dejado a los hombres libres, y no podemos violar su libertad (*Comm. sobre I Tim. 3:2*; y Tito 1:6). Además, es una señal de apostasía y una prueba de que los impostores han tomado control de la iglesia, puesto que Cristo compara lo santo del matrimonio a la unión de sí mismo con la iglesia (*Comm. II Tim. 4:3*). A

24. Henry J. Van Andel, "El Cristiano y la Cultura," *The Presbyterian Guardian*, (Ene. 1944), p. 17ss.

pesar de estos ataques sobre el monasticismo, muchos de los críticos de Calvino le han acusado de ser un ascético. Se dice de él que ha negado el uso de las cosas de este mundo más allá de la necesidad de comer y beber. Si alguien que todavía viva cree en tal leyenda, que lea el *Comentario* de Calvino de Amós 6, los sermones de Calvino, y especialmente, la exposición sobre el uso apropiado de esta vida presente (*Inst.* III, 6-10).

Posteriormente Calvino discute el deber y la belleza, la vocación y el pasatiempo (da espacio para recreaciones tales como el golf y el deporte en general), las armas o equipo del peregrino y la armadura del soldado. Aquí Calvino provee una defensa de la cultura en su sentido más amplio, extendiéndose desde la agricultura y el comercio a las cosas relacionadas con la belleza y los lujos de la vida. Calvino provee una vigorosa defensa del lujo y enuncia ciertos principios básicos, los cuales pueden todavía servirnos de guía hoy. Calvino rechazó la cruel e inhumana filosofía de los Estoicos, que despreciaba los placeres sensoriales y mentales ordinarios de la vida. Para él el pecado no residía en la materia, sino que tiene su asiento en el corazón. El mal no está en el mundo del color, del sonido, de la comida, la bebida y el vestido, sino que consiste del abuso de los bienes de Dios en exceso, en el desenfreno y la borrachera, la juerga y el libertinaje. La santidad no se alcanza por evitar ciertas funciones físicas y por rechazar los bienes dones de Dios, sino por aceptarlos en fe y usarlos para su gloria y la edificación de la iglesia (Cf. *Sermones* sobre Deut. 11:15; 12:15; 22:5; también cf. *Comm.* sobre I Sam. 25:26-43; Amós 6:4; Santiago 5:5; Isa. 3:16; y mucho más sobre el mismo tema en la

Inst. III, 19, 9, 10; III, 10). Sobre el uso del vestuario, Calvino nos recuerda que debemos tener en mente el propósito por el cual fue dado y nos advierte contra la extravagancia y los cambios excesivos en el estilo, el pavonearse y el hacer alarde. Aquí también la simplicidad y la moderación son la clave para el uso correcto de los dones de Dios, los cuales no debemos dejar sin usar, no sea que seamos culpables de ingratitud.

Para hacer justicia a sus críticos, se debiera añadir que le conceden al Calvinismo una influencia social más alta que al Luteranismo. Troeltsch caracteriza al ascetismo Calvinista como “activo, agresivo; éste transformaría al mundo para la honra de Dios... Para alcanzar este fin, racionaliza y disciplina la vida total por medio de sus teorías éticas y sus disciplinas eclesiásticas... Este ve en el mero sentimiento (*Gefühligkeit und Stimmung*) solo inercia y falta de seriedad; está lleno de un sentimiento fundamental: ¡trabaja para Dios, por el honor de la Iglesia! De esta manera la ética Calvinista produce una viva actividad, una severa disciplina, un plan completo, un objetivo social Cristiano.”²⁵ Se concede que este ascetismo es del tipo del mundo interior (*inner-weltliche askese*), ajustado para operar dentro de la sociedad. Pero esto es jugar con las palabras y con los significados históricos, y uno podría conceder cualquier cosa a lo opuesto por medio de este método. Pues este ascetismo Calvinista, según sus autores, no hace que uno huya de este mundo, sino que participe en él con entusiasmo y con deseos de

25. Ernst Troeltsch, *Die Bedeutung des Protestantismus für die Entstehung der modernen Welt*, (1906), p. 27, citado por E. Doumergue, *Calvino y la Reforma*, pp. 16, 17.

adquirir sus bienes con celo para la gloria de Dios. Uno podría bien preguntarse con Doumergue si el sustantivo no es de esta manera consumido por el adjetivo. Hablar de ascetismo Calvinista es ridículo. Y Calvino hubiera dicho, “Prescindamos, pues, de aquella inhumana filosofía que no concede al hombre más uso de las criaturas de Dios que el estrictamente necesario, y nos priva sin razón del lícito fruto de la liberalidad divina, y que solamente puede tener aplicación despojando al hombre de sus sentidos y reduciéndolo a un pedazo de madera.” (*Inst.* III, 10, 3).

Finalmente, es apropiada una palabra con respecto a la actitud de Calvino concierne al comunismo. Naturalmente que no podemos leer ni introducir en este término todo la concepción desarrollada por parte de los teóricos socialistas y comunistas del siglo diecinueve. En los días de Calvino encontramos una comunidad de bienes apoyada por algunos Anabaptistas y por los Libertos. Los primeros negaban la gracia común y la autoridad final de la Palabra. Los Libertos eran una secta panteísta, que sin embargo no ha de identificarse con los enemigos políticos de Calvino en Ginebra. Vivían una vida completamente licenciosa, repudiando la Palabra y viviendo según la inclinación del viejo Adán, lo que fue convertido en un llamado divino. Bajo el nombre de “matrimonio espiritual” introdujeron una “*pollution brutalle*” (contaminación brutal) y una comunidad de bienes acompañaba a esta degeneración de las normas morales.

Calvino no se ocupó de la cuestión de la comunidad de bienes en su tratado contra los Anabaptistas, puesto que no todos ellos se suscribieron a ella; pero en 1545

escribió un tratado contra los Libertos en la que proveyó una refutación escritural a esta práctica.²⁶ Comienza por señalar la relación de este error con la “pasión brutal” de compartir esposas y denuncia la búsqueda de riquezas en la que a los hombres no les importan sus congéneres. Inmediatamente presenta la enseñanza bíblica positiva con respecto a los bienes terrenales bajo tres encabezados.

Primero, no podemos lanzarnos a la búsqueda de riquezas con una pasión demasiado grande sino que debiésemos estar satisfechos con poco, siempre listos para renunciar a lo que tenemos. Segundo, debemos trabajar honestamente para ganar nuestro pan necesario y hacer a un lado todas las prácticas malvadas. Finalmente, aquel que tenga poco no debe descuidar el agradecer a Dios y comer su pan con contentamiento; y el que tiene mucho no debe entregarse a la excesiva indulgencia.

Después, Calvino interpreta los textos de la Biblia a los cuales apelaban los comunistas de su día. En el caso del joven príncipe rico (Mat. 19:21), no podemos concluir a partir de un caso particular en un principio universal. Puesto que el joven había hecho alarde de haber guardado todos los mandamientos, el Señor expone su hipocresía por esta prueba de ácido a su amor. Esto simplemente nos enseña que siempre debemos estar listos a dejar todo por Cristo. Especialmente en el caso de los discípulos, quienes tenían todas las cosas en común (Hch. 4:32), Calvino muestra que esto no es una recomendación al comunismo. El sentido del texto no es que todos los creyentes en Jerusalén se deshicieron de sus bienes,

26. Cf. Diepenhorst, *op. cit.*, pp. 250-306.

lo que simplemente no era cierto, sino simplemente que en el amor fraternal que les animaba no toleraban que ninguno pasara necesidad.

Esta condena general de las tendencias comunistas de su día no está aislada y restringida al tratado en discusión, sino que uno puede encontrar las mismas opiniones expresadas en los comentarios que tratan con estos pasajes de la Escritura (Mat. 19:20; Hch. 4:23). En un sermón (Lucas 3:11) Calvino sostiene que Juan el Bautista no condenó la propiedad personal sino que exhortó a los hombres a dar de su abundancia a aquellos que están en necesidad, puesto que Dios es el dueño absoluto, y nosotros no somos sino mayordomos de nuestras posesiones. Calvino mismo daba un digno ejemplo al gastar todo su salario, más allá de su propia necesidad, para los pobres y para la provisión hospitalaria de los forasteros. Rehusó aceptar un incremento en el salario cuando le fue ofrecido por el concilio sino que les protestó acerca de los bajos salarios de sus compañeros predicadores, algunos de los cuales tenían hijos pequeños.

Para concluir estos comentarios acerca de la influencia cultural de Calvino en el campo de la economía, debiese observarse que Calvino estaba profundamente interesado en la justicia social. Se ha sugerido que él introdujo el socialismo en Ginebra, puesto que “prestó el talento de su mente y entrenamiento legal para una codificación de las leyes de la ciudad, y para el mejor ajuste de sus impuestos... La salud de la ciudad era la mejor por su ayuda en la construcción de alcantarillas y hospitales. Se interesó en los métodos de calefacción y de protección contra los incendios; gracias a él

fue reavivada la industria de la tejeduría.”²⁷ Doumergue añade, “al rehabilitar el trabajo artesanal y al prescribir la educación para todos, Calvino borra, en gran medida, las distinciones de clase en la sociedad” (*Ibid.*, p. 142). Sin embargo, aunque podemos reconocer que Calvino no estaba opuesto a la legislación social, sería un abuso de palabras hablar de sus esfuerzos para estimular la empresa y la iniciativa privadas como socialismo. Calvino no era un colectivista en ningún sentido de la palabra.

Los Principios Estéticos de Calvino

“Quizás en nada Calvino ha sido más mal juzgado que en la opinión de algunos de que carecía de algún sentido estético. Tal declaración no debiera hacerse de un escritor tan bueno como él. Los críticos de diferentes preferencias religiosas han concordado en admiración a su estilo, tanto en Latín como en Francés. Mientras sus pensamientos fluyen, las palabras con las que las viste son escogidas y analizadas cuidadosamente con un entrenado sentido de la eficacia artística. Vemos en sus escritos tanto una simplicidad escritural como una elocuencia digna de Cicerón. Hace un gran alarde de su ‘rudeza’ y ‘brevedad’: estas no son practicadas a expensas de la elegancia, y tampoco impiden el uso efectivo de la imaginería... Le gusta alabar una expresión apta, usando palabras tales como ‘hermoso,’ ‘elegante,’ ‘espléndido’... las referencias a los poetas Latinos y Griegos son bastante abundantes en sus obras, y ama los Salmos como poesía... Hay en las obras de Calvino numerosos pasajes de notable belleza en

27. Henry Osborn Taylor, *Pensamiento y Expresión en el Siglo Dieciséis*, (New York, 1920), I, pp. 423, 424.

aprecio a las formas de la naturaleza.”²⁸

Esta estimación más bien reciente por parte de un profesor Americano de historia es un clamor que está lejano del consenso de los Jesuitas, Voltarianos y Protestantes de los días de Doumergue. Para ellos Calvino aparecía como la personificación de todo lo que era anti-liberal, anti-artístico y anti-humano.²⁹ Ha sido especialmente a través de las investigaciones de hombres como Doumergue, y, más recientemente el Prof. Leon Wencelius del Swarthmore College, que han demostrado que estas representaciones preenjuiciadas son falsas.³⁰ Este último tiene la distinción de haber producido el estudio más completo hasta la fecha sobre los principios estéticos de Calvino.³¹ Estos principios han sido aplicados críticamente a la literatura Calvinista contemporánea en los Países Bajos por C. Rijnsdorp,³² quien hace un uso extenso de Wencelius.

28. John T. McNeill, *op. cit.*, pp. 231, 232.

29. Doumergue, *Kunst en Genoel in het Werk van Calvijn*, 3 conferencias. Trad. D. F. A. Winckel, (Wageningen, 1904), p. 9.

30. y ³¹. *l'Esthetique de Calvin*, (Raspail, 1937) debo confesar que no he sido capaz de desarrollar en este estudio de 500 páginas acerca de la Estética de Calvino en su versión original pero he leído la reproducción de A. Anema en Holandés, y la conferencia de Wencelius sobre “La Palabra de Dios y la Cultura” en el que trata con las ideas de Calvino referentes al arte.

31. *Idem.*

32. *In Drie Ecappen* (Baarn, 1951), p. 17-34. Me he apropiado de los materiales dados aquí por Wencelius, puesto que Rijnsdorp también ha producido un concepto reducido de los principios estéticos de Calvino a través de los ojos de Wencelius.

Para apreciar la doctrina de Calvino con respecto a la belleza, debemos recordar que él no era un esclavo fanático de la letra, el sirviente de un dios de papel llamado *La Biblia*. Pero Calvino había visto al Dios viviente y caminaba ante su presencia con temor infantil. Las ideas de Calvino acerca de la música y la escultura, el lenguaje y la forma están siempre determinadas por una conciencia que se sobrecoge ante el hecho de que nos estamos relacionando con aquel que está sentado sobre el círculo de la tierra (Isa. 40:22), magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios (Ex. 15:11).

Para Calvino la belleza no es sino el resplandor de la majestad y gloria de este Dios. Por lo tanto, divorciar la belleza de Dios es idolatría. Este fue en realidad el resultado de la caída del hombre, por el cual la creación perdió su contacto ético con Dios; esto es, el hombre ya no ama ni conoce a Dios sino que se ha alienado del corazón del Padre. En este estado miserable el hombre es ciego y ha perdido el sentido de orden y medida apropiados y encuentra solamente la belleza aparente (*beauté apparente*). El contemplar simplemente la belleza en este mundo no nos conduce a una relación personal con Dios, aunque la belleza es todavía la primera guía hacia Dios. Pues la belleza revela sus atributos de bondad, sabiduría, omnipotencia, justicia y su cuidado providencial. Por lo tanto, los no creyentes están sin excusa, puesto que esta belleza de Dios es manifestada universalmente.

Calvino piensa de la historia del hombre sobre la tierra como un drama cósmico, del cual Dios es al mismo tiempo autor y espectador. La belleza es el brillo divino de

la gloria reflejado desde el pensamiento y obra de Dios. Siempre consiste de claridad, medida y perfección.

Hay tres actos en este drama: antes de la caída, en la armonía perfecta del cielo y el paraíso; entre la caída y la redención, en el que la belleza es simbólica – observe el templo de Salomón – y la preparación y expectación por el Mesías es el tema central; finalmente, en el tercer período, la gloria del Señor se vuelve carne en el Hijo. Y aunque no hay en él parecer, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos (Isa. 53:2), sin embargo resplandecía en él una belleza espiritual de manera que “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9), y “y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14).

Calvino sostiene que debemos ser colaboradores y co-espectadores con Dios en este drama. Si nos distraemos durante la obra, la que tiene en juego nuestra meta eterna, sería un craso descuido de nuestra parte. En el centro de este drama cósmico está la iglesia, la que opera en contra del escenario de fondo conformado por la actividad mundana y la historia del mundo. Sin embargo, en la gracia común de Dios todos los hombres tienen un llamado sin consideración a la predestinación. Pues todos han retenido algún aprecio por la belleza y una habilidad limitada de producir artes. Esto se debe a la beneficencia del creador (*Inst.* II, 2, 15, 16, 17; II, 3).³³

Ahora, la belleza no es un principio impersonal auto-existente, como en Platón, del cual el artista se vuelve un devoto. Es más bien la luz de una sabiduría siempre activa y una voluntad siempre creadora. La

contemplación de la belleza, en vista del talento natural del hombre, le seduce hacia la producción y comunicación de éste talento en el arte. Esto cumple el propósito de Dios tal y como se expresa en la creación del hombre a su imagen, que no ha sido destruida por el pecado. Sin embargo, el pecado ha cambiado la alianza del hombre de manera que ahora busca a la criatura antes que al creador, en las cosas creadas. El hombre como pecador “Acepta la apariencia de la realidad, e incluso hace de ella un absoluto el cual adora.”³⁴ El pecador busca una belleza agradable al ojo pero engañosa, que engendra deseo y es acompañada por un gozo falso y conduce hacia la tentación sensual. Esto es vanidad y un indicativo de la vacuidad de la vida sin Dios.

Sin embargo, el arte es un don natural, completa y simplemente humano.³⁵ El artista es el re-creador; él hace su trabajo como Dios hizo el universo. Como tal permanece por encima de su objeto como poseedor del don para ver la belleza de la creación mejor que sus semejantes los

33. Para un tratamiento más detallado del tema de la gracia común y la cultura, cf. H. Bavinck, “Calvino y la Gracia Común,” *Calvino y la Reforma*, pp. 117-30, donde Bavinck sostiene que Calvino, a pesar de “su convicción de la majestad y carácter espiritual de la ley moral,” es más generoso en su reconocimiento de lo que es verdadero y bueno, dondequiera que se encuentre, que cualquier otro Reformador” p. 120.

34. Leon G. Wencelius, “La Palabra de Dios y la Cultura,” *La Palabra de Dios y la Fe Reformada*, (Grand Rapids, Michigan, 1942), p. 164.

35. Wencelius, *l'Esthetique de Calvin*, p. 104, “une activité terrienne, tuit simplement Humaine,” citado por Rijnsdorp, p. 30.

observadores. Por otro lado, el artista debe estar por debajo de su objeto, como un observador de la criatura de Dios. Debe desarrollar un sentido del objeto, y la fidelidad al objeto se vuelve una pasión con Calvino. Sin duda que esto puede trazarse, en alguna medida, a su entrenamiento Humanista, en el que el retorno a las fuentes del aprendizaje era una pasión. Esto llegó a expresarse en el estudio de Calvino de la Escritura en los lenguajes originales y su deseo de hacer accesible el Evangelio a sus compatriotas en su propio idioma.

El objeto en sí mismo debe estar sujeto a las reglas de la simplicidad, sobriedad y medida. Con respecto al artista Calvino sostiene que ha de ser humilde, tomar mucho tiempo en la preparación y no ha de apresurarse en la ejecución, expresándose a sí mismo con claridad y pureza. El arte se vuelve creativo cuando la actividad humana se dirige a la actividad creativa de Dios. La belleza es el brillo que acompaña a tal actividad creativa.

Solo el creyente puede legítimamente cumplir su rol en el drama del mundo, que debe estar centrado en el principio religioso de buscar la gloria de Dios en la actividad universal dentro del marco del universo creado. Esto es así debido a que la vida del creyente ha sido corregida en principio. Ha experimentado un cambio de mente en su conversión.

Dios ha concedido gran libertad y responsabilidad en los hombros del portador de su imagen para que pueda regir sobre la creación en una manera análoga a la forma en que Dios mismo conduce los asuntos de los hombres. De allí que Dios no le haya dado al hombre un conjunto de normas y

reglas artísticas, sino que el hombre descubra éstas por sí mismo. Sin embargo, hay – dice Calvino – un principio mayor que ha de observarse, a decir, el arte mismo debe someterse en el artista a la Palabra y al Espíritu. Este es un principio absoluto en la estética de Calvino.

Puesto que la naturaleza nos ha sido dada por Dios para nuestra instrucción debemos estar dispuestos a aprender de ella pero no a seguirla servilmente. Sin embargo, nuestra labor debe ser en el espíritu y siguiendo el significado de la creación. Tampoco puede el arte buscarse a sí mismo, que fue la falta de los Griegos, por lo cual se convirtió en idolatría. Sin embargo, el arte debiese proveer placer o servir a un propósito pedagógico dentro de la meta común para toda la humanidad redimida, es decir, la confirmación del reino de Dios sobre la tierra.

El arte, como tal, puede ser dividido en dos clases, el mecánico y el libre. El primero está limitado a los materiales con los cuales es producido, tales como la arquitectura y las artes plásticas; el segundo, la música, la pintura y la literatura no se hallan limitadas de esta manera. Ningún arte puede ser condenado simplemente porque provee placer más que utilidad. Sin embargo, su gozo nunca puede estar divorciado del servicio a la humanidad y al temor del Señor. Así pues, dentro de los límites dados por Dios, el arte puede tener su legítimo placer y gozo saludable, pero si infringe esos límites echa a perder el orden de las cosas. Tal arte irreal, habiendo perdido toda medida, favorece las pasiones más bajas.

Con respecto a la arquitectura Calvino dice que los paganos sucumbieron a la ten-

tación de exagerar la belleza externa de sus templos. Sin embargo, la belleza religiosa no es tanto asunto de paredes sino de la unidad espiritual de los creyentes. Por lo tanto es orgullo y vanidad por parte de Roma edificar hermosas iglesias mientras adora lo contrario a lo prescrito por los mandamientos de Dios.

No hay prohibición contra las artes plásticas, pero el artista debe hallar su inspiración en la naturaleza y someterse a sus leyes. Transformar estas leyes para la criatura y darle una especie de divinidad es idolatría. Sin embargo, no se debe permitir que estas artes se entrometan en la adoración, puesto que tienen un carácter exclusivamente terrenal y no pueden representar las cosas no creadas.

Aunque Calvino insistía en la santidad de la belleza, tenía un interés más directo con la belleza de la santidad. La belleza de la adoración se halla en su espíritu y en verdad. El culto debe reflejar la gloria divina, como hace el mundo creado, puesto que Dios es central a ambos. La adoración a Dios debiera ser simple, puesto que Dios es uno; pura, porque él es santo; armoniosa, puesto que es él quien ha establecido la medida para todo.

La música es la principal de las artes en su adaptabilidad a la adoración. El objeto de la música es Dios y su creación. La gloria de Dios y la elevación del hombre son su meta, y los Salmos inspirados son sus medios. Puesto que es la bondad de Dios emanando a través del universo lo que hace a los hombres cantar, Dios debe ser el centro de los pensamientos y sentimientos del hombre cuando canta. La seriedad, la armonía y el gozo deben caracterizar nues-

tros cantos para Dios. Y, aunque Calvino no rechaza el uso de himnos, prefiere usar los Salmos de David en la adoración pública. El canto es un embalse ilimitado de poder, puesto que mueve nuestros corazones a invocar el nombre de Dios más formalmente. Por él somos fuertes en la tentación y cuando enfrentamos la persecución (mire a los Hugonotes y a muchos mártires que fueron cantando a la hoguera), y renueva el alma. Al cantar la iglesia es edificada y sus miembros son unidos en el santo vínculo del amor. Calvino no condenó la música secular, es decir, aquella que tenía la creación de Dios como su objeto, fuera de lugar. Pero lo secular puede no ser impío; debe servir para glorificar a Dios indirectamente a través de nuestro gozo y elevación. Por lo tanto, la música que degrada, que corrompe los buenos modales, que adula a la carne, debe ser rechazada. Pues la música tiene un poder secreto e increíble para mover los corazones. Cuando palabras malvadas son acompañadas con música, ellas penetran más profundamente y el veneno entra como el vino a través de un embudo en la tinaja.³⁶

Es exactamente en este punto, dice Doumergue, que Calvino hizo una transformación revolucionaria de la cultura por la introducción de los Salmos en el servicio de adoración. Pues el abuso y mal uso de la música en la iglesia Católica Romana era grotesco y no puede entenderse aparte del cuadro total de extravagancia imprudente de la época, tal y como es descrita por Zwinglio, Lutero y Calvino cuando deploran la moralidad de la iglesia. Doumergue

36. Calvino, *Pensamientos sobre el Salterio*, citado por S. Anema, *Wat Bracht Ons Wencelius*, "l'Esthetique de Calvin," pp. 51, 52.

cita el hecho de que en un servicio Católico Romano el líder de canto comenzaría con un *Sanctus*, mientras que otros, seguidos por la multitud, cantaban las palabras, *Robin m'aime, Trop M'a amour assaillie* (Petirrojo, ámame; estoy demasiado enamorado de él). Hasta los trabajos de Palestrina contra esta música lasciva e impura fueron en vano, por dos siglos después de la Reforma las melodías prescritas para el Credo, el *Pater Noster* y el *Ave Maria* eran tomadas de las canciones contemporáneas de amor.³⁷ Calvino ha sido llamado el padre del Salterio. Antes de él las iglesias Reformadas Francesas no conocían el canto congregacional. En 1537 Calvino ya había propuesto la introducción del canto congregacional en Ginebra, con el propósito de avivar los corazones fríos hacia la corazón y moverles a la alabanza. Sin embargo, la primera edición del Salterio apareció en Estrasburgo en 1539, donde Calvino se encontraba en el exilio. Contenía su propia versión métrica de los Salmos de David con doce armonizados más de Marot, que Calvino encontró en Estrasburgo. Más tarde Calvino eliminó su propia poesía y tomó la versión de Marot de los Salmos, mientras que las melodías fueron compuestas o arregladas por Bourgeois y publicadas en 1562. Esta versión del Salterio gozó de veinticinco ediciones el año de su publicación y un total de 1400 ediciones (*Ibid.*, p. 20).

Calvino mismo había descubierto la famosa melodía de Greiter, quien era el líder de canto en la catedral de Estrasburgo, y la adaptó a su versión del Salmo 36. Más tarde Beza tomó esta melodía para su versión del Salmo 68, que ha sido llamado el

Salmo Protestante de batalla. Como resultado del trabajo original y osado de Calvino en esta fase de la cultura Cristiana, los maestros Protestantes han cultivado el ritmo, el acento y la melodía en los Salmos. De esta forma el sacerdocio de los creyentes llegó a expresarse en los servicios Calvinistas. El tono principal de los Salmos es un gozo serio (*Joie grave*), pero también habla de poder y majestad. Fue llamado la *Sirena del Calvinismo*, y se convirtió en el rival invencible de los enemigos de la cruz de Cristo mientras le daba un arte universal a todas las iglesias Protestantes. Las ideas de Calvino, que pueden encontrarse en el *Prefacio* del Salterio Ginebrino, hicieron el más grande impacto en la música sagrada del siglo y forman la quintaesencia de la estética musical de la Reforma.

El escribir también era un arte elevado para Calvino, y su alto respeto por la Biblia no apagó su entusiasmo por la literatura profana, la cual tiene un llamado en el ámbito de la gracia común. En lugar de aludir a sus “espléndidos vicios” (Agustín), Calvino sostiene que Dios ha adornado a los paganos con talentos de agudeza y perspicacia al investigar las cosas terrenales (*Inst.* II, 2, 15). Es el mismo Espíritu que habita solamente en el fiel, quien “suple, actúa y revive a todas las criaturas” (*Ibid.*, par. 16). Por lo tanto, “Si, pues, Dios ha querido que los infieles nos sirviesen para entender la física, la dialéctica, las matemáticas y otras ciencias, sirvámonos de ellos en esto, temiendo que nuestra negligencia sea castigada si despreciamos los dones de Dios doquiera nos fueren ofrecidos” (*Ibid.*).

Sin embargo, Calvino está siempre conciente del hecho de que los dones naturales que quedaron después de la caída han

37. *Op. cit.*, pp. 11, 12.

sido corrompidos y producen solamente un conocimiento transitorio (*Ibid.*, II, 2, 16). El Señor realmente les ha permitido “un cierto sentido de Su divinidad, a fin de que no pretendiesen ignorancia para excusar su impiedad”; sin embargo, “pero las vieron de tal manera, que no pudieron encaminarse a la verdad, ¡y cuánto menos alcanzarla!” (*Ibid.*, II, 2, 18). Esto hace eco de la alegoría de Platón de un grupo de hombres sentados en una caverna, con sus espaldas contra la luz, de manera que no ven sino las sombras de las imágenes. Aquí la evaluación de Platón por parte de Calvino es *a propósito*, quien, aunque el más religioso y juicioso de todos los filósofos, aún así “también erró con su esfera, haciendo de ella su primera idea” (*Ibid.*, I, 5, 12). Sobre las pocas verdades que “fortuitamente salpican los libros de los paganos, están manchadas con numerosas y monstruosas falsedades” (*Ibid.*).

Sin embargo, para Calvino no era suficiente el pensar bien y saber la verdad; uno también debe escribir bien y diseminar la verdad. Afortunadamente no necesitamos satisfacernos en este punto con teoría, pues el genio de Ginebra nos ha dejado una rica herencia de excelencia literaria, pues por predilección Calvino era un hombre de letras. La conversión y el llamado no le quitaron su entrenamiento y predilección más de lo que le hayan quitado su condición de hombre. Si hay algún punto sobre el cual los críticos de Calvino concuerdan, es en su espléndido estilo como escritor. Apliquemos aquí un adagio Francés al creador del lenguaje teológico Francés — *el estilo es el hombre (Le Style c'est L'homme!)*. Doumergue nos cuenta que el estilo de Calvino era común, animado, alegre, simpático y noble.³⁸

Ya hemos notado la publicación de la *Institución* como un evento histórico, pero también fue un evento literario de primera magnitud. Brunetiére, crítico literario Francés y contemporáneo de Doumergue, dice que no hay “monumento literario anterior en Francia que pueda compararsele.” Naturalmente critica la falta de reserva y buen gusto en cuanto a la referencia de las personas como burros, pero añade, “Más bien alabemos la concatenación de sus ideas. Es de tal tipo, tan fuerte, y tan compacta que no importa de qué pasaje tratemos de extraer la doctrina que encontremos, siempre es la misma conexión, la misma lógica, y la misma dependencia y subordinación de las partes... indudablemente no tenemos en nuestro lenguaje mejores modelos de aquella vivacidad de razonamiento, o más bien de argumentación, o de esa precisión y esa propiedad en el uso de los términos, o de esa sucinta y reveladora brevedad. Ya no contamos con ese arte de seguir el pensamiento y explicarlo todo o parafrasearlo sin perder el punto de vista. La paráfrasis de Calvino del Decálogo es una de las cosas más bellas en el lenguaje Francés.” Brunetiére concluye diciendo que la *Institución* fue el primer libro del cual podemos decir que fue un clásico. “Es igualmente así... por razón de la dignidad del plan, y la manera como la concepción del todo determina la naturaleza y elección de los detalles. Es así por razón del propósito de convencer o conmover el cual, puesto que es su causa, produce su progreso interno, y el espíritu de su atractivo y gracia retórica.”³⁹ Esta es una

38. *Calvijn Als Mens En Hervormer*, pp. 33-53.

39. “La Obra Literaria de Calvino,” *The Presbyterian and Reformed Review*, XII, (1901), pp. 392-414.

elevada alabanza por parte de un hombre que sostenía que Calvino no tenía apreciación artística.

El espacio no me permite hablar particularmente de los treinta volúmenes de comentarios de Calvino, que se distinguen por la agudeza filológica y un sentido infalible del lenguaje. También paso por alto los escritos controversiales, que están en una categoría por sí mismos y han contribuido a un género especial en las letras Francesas, a saber, la sátira Calvinista. Warfield afirma que ningún polemicista tan efectivo había antes escrito, y cita la *Carta a Sadoleto* como el mejor espécimen de aquel precepto más excelente para todos los escritores controversiales: *Suaviter in mode; fortiter in re* (¡Dulce en la manera, fuerte en la materia!).⁴⁰

Calvino también escribió catecismos, credos, formularios para la adoración, tratados populares para la instrucción, y por último, pero no menos importante, cientos de cartas. Por medio de éstas llevó adelante sus labores pastorales entre todas las iglesias Reformadas de Europa Occidental. En ellas instruye a los hombres de estado, reprende a los gobernantes, conforta a los enfermos y a los desahuciados, anima a los santos – en resumen, aparece como un auténtico pastor de almas. Las cartas de Calvino, aparte de su valor literario, revelan su rica vida religiosa, su propósito profundo y noble y su infatigable búsqueda hacia el alcance de su propósito y, sobre todo, su profunda simpatía humana. Aquí vemos a Calvino apoyándose en sus amigos lo mismo que dándose a sí mismo a ellos de todo corazón. Ciertamente tenía sus fallas –

40. Warfield, *Calvino y el Calvinismo.*, p. 10.

elevada ira, impaciencia, falla en dejar que las plenas implicaciones para todo hombre de la libertad espiritual le llevaran a escoger, o a ir en contra, de Dios – pero, es un vilipendio infame decir que Calvino era duro, amargado o que no tuviera amor.⁴¹

La Contribución de Calvino en el Campo de la Educación

De lo anterior es claro que Calvino estaba dispuesto a aceptar los dones de la gracia común de Dios en el campo de la cultura humana y aún admitió que los no creyentes fuesen nuestros maestros en asuntos de técnica y de formas artísticas. Sin embargo, nunca pierde vista la antítesis en la cultura, la oposición entre Cristo y Satanás. Esto se torna muy evidente en la máxima obra de Calvino, el establecimiento de la Academia en Ginebra. Esta ha sido llamada el seminario de la reforma eclesiástica.

Es imposible hacer justicia a los detalles técnicos e históricos de la fundación de la Academia en este breve resumen.⁴² Sin embargo, notemos que Calvino hizo de la educación de los jóvenes una de sus primeras preocupaciones a su llegada a Ginebra en 1536. También expresó la necesidad de una institución de educación superior en 1537 y 1541. Pero no fue sino hasta que Calvino hubo descansado de sus enemigos (alrededor de 1555), que Calvino fue capaz de darle a este asunto la atención

41. Paul Woolley, "Zwinglio y Calvino," *The Presbyterian Guardian*, (Nov. 1941), p. 122.

42. Cf. el excelente artículo de W. Stanford Reid, "Calvino y la Fundación de la Academia de Ginebra," *Westminster Theol. Jour.*, XVIII (1955), pp. 1-35.

que merecía. El año siguiente propuso la reorganización del sistema escolar al concilio, pero ese cuerpo no tomó una acción definitiva hasta 1558, cuando aprobó un lote de terreno, que Calvino había escogido por su belleza y utilidad, y aceptó los planes definitivos. Para financiar este proyecto el mismo Calvino salió a solicitar donaciones, se aceptaron colecciones, se animó a los testadores a hacer donaciones en sus testamentos, de manera que por pura determinación y entusiasmo la gente superó las limitaciones de su pobreza.

Aunque el edificio no fue terminado hasta 1563, fue dedicado y puesto en uso en 1559. El siempre difícil problema de conseguir instructores fue resuelto por la rebelión del equipo de trabajo de la Academia de Lausana, que renunció en protesta contra la atribución arrogante de Bern de aceptar la autoridad secular en casos de disciplina espiritual. El 5 de Junio de 1559, en la Iglesia Catedral, Beza, quien había sido elegido como rector, pronunció un notable discurso inaugural, en el que felicitó a Ginebra por haber fundado una escuela para estudios liberales, libre de la superstición. Los estatutos de la escuela, preparados por Calvino, fueron leídos por el secretario, un Sr. Roset. Calvino simplemente hizo unos pocos comentarios de cierre y ofreció una oración. El desinterés de Calvino junto con la verdadera estimación de sus talentos debiesen observarse en el hecho de que nombró rector a Beza en lugar de a sí mismo.

Consideremos también cómo concebía Calvino el rol de la educación en la reforma de la iglesia y en la renovación de la cultura. De su *Ordre du College de Geneve* es

claro que el objetivo básico de la educación era el conocimiento de Dios y de su creación para el servicio de Dios. Tal conocimiento podía obtenerse por el estudio de la historia, como se presentaba en los clásicos, y de la naturaleza, como se presentaba en las ciencias naturales. Sin embargo, debido a la caída, el hombre natural no puede llegar al verdadero conocimiento de Dios o de su mundo sin la regeneración. Solo ella hace posible el captar el significado de la revelación de Dios en la Escritura, y restaura al hombre a la perspectiva apropiada (Reid, *op. cit.*, p. 21).

Esta posición concuerda con la enseñanza de Calvino en su *Comentario sobre Primera de Corintios*, en la que trata del lugar e importancia de la cultura pagana. Calvino rescataría cualquier aprendizaje sólido, libre de superstición, al trasplantarlo al marco de una filosofía Cristiana. Pues a menos que veamos la sabiduría y cultura del hombre a la luz de Cristo ellas son como humo, convertidas en necesidad por Dios. Pues, “el hombre, con toda su agudeza, es tan estúpido por obtener por sí mismo un conocimiento de los misterios de Dios, lo mismo que un asno está calificado para entender las armonías musicales” (I:20). El estudio de las artes y las ciencias no es para la alabanza del ingenio humano, o para el deleite de una minoría elitista, sino para la mayor gloria de Dios.

El aprendizaje no es un asunto individual, sino para la enseñanza de otros, y ambos procesos han de estar al servicio de Dios y de su reino. De hecho, una educación liberal no puede estar divorciada de la meta del hombre en la vida, a saber, entender las Escrituras con el propósito de hacer la voluntad de Dios. Los artes y las ciencias

liberales no nos dan el verdadero conocimiento de Dios, a menos que nuestros ojos hayan sido primero abiertos por medio del Espíritu. Y el estudio de “la filosofía, la ciencia y la elocuencia tenían como su propósito último la comprensión más profunda del hombre de aquello que Dios dice por medio de las Escrituras” (Reid, *op. cit.*, pp. 19, 20).

La Academia de Calvino comenzó con 162 muchachos como asistencia, la mayoría de Francia, pero cinco años más tarde, a la muerte de Calvino, la escuela elemental tenía 1200 estudiantes y la Academia propiamente dicha, *schola publica*, 300. De esta forma, dice Charles Borgeaud, el historiador de la Academia, Calvino realizó su tarea: había asegurado el futuro de Ginebra... haciéndola a la vez una iglesia, una escuela y una fortaleza. Fue la primera fortaleza de la libertad de los tiempos modernos.⁴³

Calvino, es cierto, se había convertido en una figura ecuménica antes del establecimiento de la Academia por medio de sus cartas, comentarios, la influencia de la *Institución*, y su posición heroica contra el papa y la jerarquía en cada recodo del camino; sin embargo, la Academia fue su máximo logro. De ella emanó una corriente de hombres jóvenes, entrenados para el ministerio del Evangelio, para todas las tierras de Europa Occidental. Además de teología, artes y ciencias, también se enseñaban en Ginebra leyes y medicina. La influencia cultural del sistema educativo centrado en Dios de Calvino es casi incalculable.

Al tratar con el impacto de las ideas de Calvino sobre la política, la economía, el arte y la educación, me he limitado a mí mismo por causa de la brevedad. Sin embargo, las amplias implicaciones culturales son claramente evidentes.

Conclusión

En resumen, se debe recordar que Calvino como el teólogo de la cultura estaba interesado en traerla a la obediencia a Cristo por medio de su Palabra. En el área de la cultura el hombre es libre bajo Dios de la iglesia y del estado. Pero no es la libertad de la licencia o la libertad de renunciar al mundo como malo. El hombre es justificado por fe y por regeneración es renovado a la imagen de Cristo; por tanto, la influencia santificadora de la Palabra debe extenderse a toda la existencia del hombre bajo el sol. Todo hombre tiene un llamado divino para cumplir el mandato cultural, pues todas las cosas son nuestras, y nosotros de Cristo. Sin embargo, debemos ejercer moderación, paciencia y fidelidad en nuestra vocación diaria, trabajando como para el Señor ante la mirada de Dios (*Coram Deo*).

La concepción de Calvino de la cultura también es radicalmente escatológica. Pues la vida total es una meditación de la vida por venir, y todo debe verse a la luz de la eternidad. Por lo tanto, debemos aprender a poseer y no a ser poseídos por las cosas de este mundo, pues el mundo pasa. Para Calvino la cultura nunca es un fin en sí mismo. Toda la erudición, todo el arte y el aprendizaje, lo mismo que las formas más humildes de la cultura, han de usarse para el servicio de Dios y ejercidos para la gloria de Dios. De allí que se encuentre una dualidad que existe en la cultura humana, pues la activi-

43. Citado por McNeill, *op. cit.*, p. 196.

dad del hombre que no está dirigida al servicio y la gloria de Dios es auto-frustrante, es vana y sin significado. ¡Soli Deo Gloria! ¡Solo a Dios la Gloria! Ese era el lema de la vida de Calvino, no solo en la obra de Cristo para salvación, sino también para el esfuerzo cultural del hombre.